

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

ME había acostumbrado tanto a sus jeremiadas que había terminado desentendiéndome de sus reales ataques y de sus años, y ahora que leo que ha muerto, sé que voy a ponerme a extrañar sus cartas compulsivas, sus reclamaciones iracundas, los apóstrofes sobre el mundo con los cuales él tejía su modo propio de la amistad. Es verdad que habíamos llegado a ser amigos, a pesar de la diferencia de años, desde el día en que Fernández Retamar me llevara a verlo a su apartamentito de La Habana y yo le oyerá, pasmado, una explicación sobre Marif socialista. Amigos porque él se había desplazado en el tiempo, imprevista y ardentemente, como era su manera vital, y se había insertado en el tiempo mío, en las preocupaciones y urgencias que correspondían a los hombres de mi edad, quienes repentinamente debíamos hacerle un espacio justo a nosotros y por respeto callábamos acerca de actitudes anteriores. Sebrelli, que le dedicó una minuciosa demolición, debió aclarar más tarde que mantenía sus afirmaciones a pesar de que correspondían a su obra y posición pasadas, con lo cual estaba confesando que se le había escapado de la red que le había tendido con su diatriba.

Siempre se estaba escapando, y, al modo goetheano, nunca se sabía dónde estabas, ni cuál era su fidelidad más firme, como no fuera un ansia de verdad y de vida, una altiva indignación ante la mediocridad, un personalismo unamuniano que aspiraba al bien como entre llamas. De la Radiografía de la pampa a Muerte y transfiguración de Martín Fierro, de ¿Qué es esto? a En Cuba, al servicio de la revolución, el zigzagueo de sus ideas respondía a una toma de contacto con la circunstancia histórica que iba viviendo en vilo, a una nacionalismo hirsuto que secretamente descansaba sobre una concepción liberal que se fue tificando de socialismo.

En abril fui a dictar unos cursos a Bahía Blanca porque era él quien quería que fuera, porque en sus cartas encaramaba su soledad como una bandera infantil, tan gritona como desesperada, y agitándola apostrofaba a su país y al mundo entero. Fu, a su pequeña casa de la avenida Alem y lo ví, por última vez, cada día más reducido, moviéndose con dificultad, quejándose de sus piernas, del abandono en que estaba, del país, que quería abandonar para irse al Uruguay donde ambicionaba escribir un libro sobre José Artigas. Recuerdo que hablamos de los sucesos brasileños recientes, y yo dije esa frase consoladora acerca de que los errores de ese tipo apresuran los procesos transformadores. Temblaba de indignación: "¿Pero usted cree en eso? Hace cincuenta años que oigo decir la misma cosa. No apresuran nada; simplemente nos hacen retroceder cada vez más, alargan la hora de América".

Nada se salvaba de su furia. El país, el régimen, las leyes de alquileres, el impuesto a la renta, todo entraba en una visión apocalíptica que estremecía el pequeño cuerpo gastado, fugazmente iluminado por una sonrisa buena, tierna, casi infantil. Hablaba de Cuba y atacaba acervadamente sus errores, sin piedad, hasta que observó la adquiescencia del amigo que me acompañaba y que tenía motivos para apoyarlo. Entonces se volvió a él: "Pero usted se olvida de todo esto. Porque lo que hacen allá vale por todo lo que no somos capaces de hacer", y comenzó el elogio del heroísmo, de la creatividad, cubanas. Quizás su acento más propio fue el del inconformismo, porque él también era de los que siempre estaban en contra.

¿Necesidad pueril de no ser atrapado, de no quedar fijado en un gesto, en una idea? Tal vez; pero también necesidad de ser plenamente un hombre, con la lucidez y la independencia que exigen cada día de nuestras vidas, sin temor a enmendarnos, pero también sin caer en la obediencia pasiva de los programas. Pienso que es su mejor lección viviente. Cuando se le compara con los otros de su generación, cuando se piensa en la retórica neoclásica en que ha ido a parar el Borges conservador, o en la estatua patinada en que se metió tan pronto Mallea, él nos sorprende con una vitalidad auténtica, con un desafío independiente y una mayor aculdar para ver y entender el mundo.

Profesor de colegio secundario por tantos años, siempre un poco al margen de la vida literaria, y, por lo mismo liberado de las insignificantes modas que van y vienen, no se dejó meter en ningún cajón generacional, no obedeció cartillas de otros. Más que la literatura, fue su país dramático, fueron sus compatriotas, los temas de su obra. Y siempre se consideró un agitador, un hombre destinado a fastidiarlos y a incomodarlos, un francotirador que sólo tenía su verdad y su pasión para justificarse. A esta actitud fue fiel hasta sus últimas horas en que, más que Jeremías, era el Isaías de la tierra argentina. Porque tuvo la vocación del profetismo.

Claro está que un autor, cuando ya están cerradas las fechas que siguen a su nombre, se mide por la obra que ha dejado, y la de Martínez Estrada, larga, tumultuosa, pide una consideración detallada que habrá que hacer. Escribía sin descanso, y en aquella casita desmantelada de Bahía Blanca, entre los pájaros que venían a comer a la mesa, entre las toneladas de remedios que compartían él y su mujer, se hacía sitio para pasar hasta diez horas diarias a su mesa de trabajo. Setecientas páginas tiene el primer tomo de Martí que aún está inédito. Novecientas páginas tiene su Realidad y fantasía en Balzac que acaba de publicar la Universidad del Sur y tenía varios libros inéditos —"carezco de editor" afirmaba, aunque todos se apresuraban a arrebatarle los libros— que durante años asegurarán la actualidad de su pensamiento. Será para otra ocasión hablar de todo eso. Ahora es él, su lección, su persona, la que nos cabe evocar, porque esa es la pérdida inmediata, la de este jueves en que escribo, la del amigo que sepultamos desde lejos. Tan contra su gusto: era un hombre cabalmente vivo.